

PRESENTACIÓN LIBRO

Prof. Fabián Almonacid Z.

LOS PREDIOS AGROPECUARIOS DE LA UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE. ADQUISICIÓN, ASPECTOS LEGALES, FINES Y USOS. 2017. Publicado por las Facultades de Ciencias Agrarias y Ciencias Veterinarias, de la UACH.

Es editor del libro el profesor Rodrigo Echeverría, decano de la Facultad de Ciencias Agrarias y coeditora e investigadora la señora Paola Segovia, periodista de la misma Facultad.

El libro, además, tuvo como asesores a los profesores Rubén Pulido, decano de la Facultad de Ciencias Veterinarias, quien también suscribe parte del texto, y Roberto Carrillo, académico de la misma Facultad.

Como todo libro este destaca la colaboración de diferentes personas, como el señor Carlos Villagra, la señora María Luisa Contreras, la señorita Rocío Valverde, la profesora Karen Alfaro y el profesor José Döner, quienes facilitaron antecedentes y contribuyeron a ordenar los documentos recopilados y a la realización de las entrevistas.

Asimismo, se indican todos los profesores que dieron su testimonio, fundamental para escribir este libro. A saber, Alfredo Beck, Roberto Carrillo, Pedro Contreras, Carlos Gatica, Jorge Oltra, Rafael Pessot, Fernando Wittwer y el recientemente fallecido, Ricardo Westermeyer.

Como su título lo indica, el libro tiene como propósito conocer cómo se adquirieron los diferentes predios que se destinaron a las Facultades de Ciencias Agrarias y Ciencias Veterinarias, quiénes hicieron las gestiones y qué destino se dio a esos fundos.

Para ello, se hizo una investigación de la historia de la propiedad de los predios en los Conservadores de Bienes Raíces, se consultó documentación institucional y se recogieron los testimonios de antiguos profesores de las Facultades implicadas.

El libro comienza con un reconocimiento a los principales gestores de la adquisición de predios. En orden cronológico, al rector fundador Eduardo Morales y al profesor Alfredo Schüller, de la Facultad de Ciencias Veterinarias, quienes fueron claves en la adquisición del fundo Vista Alegre, donado por el Estado en 1956. Al profesor Ricardo Westermeyer, quien estuvo implicado en los contactos y conversaciones para comprar los fundos Punahue, 1965, Mirador, 1966, Las Quemadas, 1971 y Santa Rosa, 1972. Y al profesor Adolfo Hube, quien participó en los contactos que llevaron a la compra del fundo San Martín, en 1973.

Posteriormente se hace una historia de la adquisición de cada uno de los seis predios y el uso académico que se hizo de los mismos. Más adelante, hay una referencia al modo en que se han administrado estos predios; primero a cargo de Administradores de Predios. Desde 1976 cada predio pasó a organizarse como centro experimental, bajo la tutela de la vicerrectoría de asuntos económicos y administrativos. En 1989 se creó un Centro

Experimental de Predios Agrícolas, volviendo la administración a las Facultades de Ciencias Agrarias y Ciencias Veterinarias. Ya en esta época se habló directamente de producción, en áreas de los predios no utilizadas para fines académicos.

Vista Alegre, Santa Rosa y Teja Norte formaban este Centro. Los predios de Punahue, Mirador y Las Quemadas estaban a la espera de ser organizados como unidades productivas. Por su parte, San Martín pasó al Centro de Inseminación Artificial. Finalmente, después de dificultades económicas, la vicerrectoría de gestión económica y administrativa intervino el Centro, el que fue convertido en la Estación Experimental Agropecuaria Austral, en enero de 2011. Ella pasó a ocupar solo 140 hectáreas de los fundos señalados.

Al final del libro, los decanos Echeverría y Pulido reiteran el vínculo histórico que existe entre los predios y sus Facultades, y la importancia que han tenido en la formación profesional y actividades académicas en general.

Hoy, existen esas 1.662 hectáreas de predios gracias a lo que en otro tiempo se hizo. Y sobre esa realidad histórica en este momento podemos estudiar un plan de reconversión patrimonial.

Las Facultades de Ciencias Agrarias y Ciencias Veterinarias quieren que sus aportes sean reconocidos, los que como hemos indicado fueron acciones concretas de ciertas personas.

Después de la bibliografía consultada sobre historia institucional, el libro incluye Anexos con una selección documental de la adquisición de predios. Quizás si la documentación más notable es la referida a la solicitud de la ex propietaria del fundo Santa Rosa, para que se le entregaran las 2 hectáreas que se acordaron al momento de vender en 1972, pero que no se inscribieron hasta 1987.

Por otro lado, hay que destacar las fotografías de los predios que acompañan cada parte del libro y que permiten tener una mejor idea de ellos.

Bueno, ese es el libro. Algunos comentarios sobre y a propósito de esta obra.

El libro, en primer lugar, contribuye a recuperar un pasado desconocido para la mayoría de los miembros actuales de la Universidad. La historia siempre tuvo como propósito fundamental el recordar, que no se olvidaran los sucesos pasados. Conservar la memoria de lo que sucedió. Así comenzó la historia.

Sin embargo, si bien reconocemos en este libro este interés, también hay otro que es más moderno. No se recuerda solo por el afán erudito de conocer más, sino por razones más precisas y pragmáticas. Como decía Cicerón, "historia magistra vitae est", la historia es maestra de la vida. En este sentido, recordamos para aprender a comportarnos en el presente.

Hoy los historiadores somos todavía más enfáticos en esta cuestión y decimos que la Historia estudia el presente. Es falso eso de que la historia estudia el pasado. Ya Benedetto

Croce, filósofo italiano, dijo que toda historia es historia contemporánea. No importa si estudiamos la Grecia antigua, Chile principios del siglo XIX o Valdivia 1990, siempre estamos estudiando los problemas contemporáneos de los seres humanos, hoy día diríamos actuales.

En fin, la historia estudia problemas del presente recurriendo al pasado, porque considera que el presente no es más que pasados acumulados, como indicó el filósofo e historiador alemán, Reinhart Koselleck. Todo tiempo anterior existe hoy. Nosotros, en este sentido, vivimos en el pasado.

Como todos ustedes comprenden, en este libro de la historia de las adquisiciones de predios agropecuarios también hay un presente que requiere ser comprendido mirando el pasado. ¿Qué hacemos con los predios y propiedades en general que la Universidad adquirió, por donación o compra, a lo largo de su historia y que hoy podrían tener diversos usos?

Esta pregunta ha estado en la institución a lo menos desde los años noventa. El asunto es complejo y genera por supuesto posiciones encontradas. No quiero entrar en él pues no es el momento, pero algunas cuestiones se pueden entender mejor leyendo cuidadosamente el libro que presentamos.

Evidentemente, no se puede resolver sobre este problema sin conocer cuándo y cómo se adquirieron los predios, en este caso los destinados a fines agropecuarios. También, quiénes los donaron o vendieron y por qué razones. Quiénes fueron las personas que hicieron los contactos y gestiones para que ello ocurriera. Y, sin querer agotar las preguntas, qué usos se han dado a estos bienes y qué beneficios académicos y económicos se han obtenido.

En este libro se encontrarán algunas respuestas posibles a esas preguntas o, lo que no es menos importante, quizás no se encuentren todas las respuestas, pero sí a partir de su lectura podemos hacer preguntas que antes no nos hacíamos. La historia, dicen algunos historiadores, como el italiano Giovanni Levi, debe ayudarnos principalmente a hacer preguntas, no a tener respuestas. El solo mérito de generar una inquietud que antes no existía es un logro intelectual relevante. Ello ya denota que hay necesidad de conocer mejor y no permanecer en el conformismo de las ideas preconcebidas.

En este proceso de encontrar respuestas y hacer nuevas preguntas, la historia es más que información, datos, hechos, etc. Es más una forma de pensar y entender la realidad. Es una forma de explicar y comprender el presente. En el caso de nuestra historia institucional, el cometido debiera ser esto mismo. El libro que presentamos creo que puede leerse de este modo.

Como hemos comentado, se hace la historia de la adquisición de los fundos Vista Alegre, Punahue, Mirador, Las Quemadas, Santa Rosa y San Martín, un total de 1.662 hectáreas que fueron incorporadas al patrimonio institucional entre 1956 y 1973.

El primero de ellos, Vista Alegre, de cerca de 100 hectáreas, fue donado por el Estado a la Universidad en diciembre de 1956. El libro reconoce al rector Morales y al profesor Alfredo Schüller, uno de los primeros profesores que tuvo la Universidad y decano fundador de Ciencias Veterinarias, el haber realizado gestiones para su adquisición.

A ese reconocimiento, agregaría al señor Harald Butendieck, veterinario provincial del departamento de agricultura, del Ministerio de Agricultura, quien también realizó gestiones para ese fin.

La donación estatal de terrenos rurales para fines universitarios no era excepcional y si se observa la historia de las Universidad de Concepción y de Chile se encontrarán donaciones similares por esos años. Eran los tiempos de un ferviente compromiso estatal con las universidades. Por primera vez, desde 1954, las universidades reconocidas por el Estado tenían presupuestos financiados por el Estado y recibían donaciones. Valga recordar que la UACH surge como universidad asociada a la Universidad de Chile. También que sus carreras silvoagropecuarias eran de las primeras de su tipo en Chile, por tanto, el Estado se comprometía a brindarles las mejores condiciones para su desarrollo.

Sin exagerar, los orígenes de las actividades académicas e investigativas de las Facultades de Ciencias Agrarias y Ciencias Veterinarias están en Vista Alegre. Dicho sea de paso, también hubo allí un pensionado estudiantil, el que ya era mítico entre los estudiantes cuando ingresé a esta universidad en los años ochenta.

Respecto a las actividades académicas realizadas en Vista Alegre y los demás predios, sería interesante profundizar la información que el libro contiene. Queda claro que se hizo allí docencia, investigación, extensión y servicios, pero sería interesante conocer el detalle, aunque sea demasiado extenso, de todas las tesis y proyectos de investigación que allí se han realizado. Esto es, mayores evidencias del aporte académico.

Posteriormente, en abril de 1965 fue comprado el fundo Punahue, de 222 hectáreas, en Los Lagos. Sus propietarios eran miembros de la familia Werkmeister, quienes fueron contactados por el profesor Ricardo Westermeyer, decano de la Facultad de Ciencias Agrarias. Como señala el libro, el profesor Westermeyer fue entrevistado para este libro y comentó que el propósito de la compra fue realizar actividades académicas (docencia y prácticas agrícolas y ganaderas) en suelos con características diferentes a Vista Alegre.

De las actividades académicas en algún momento se pasó a un uso productivo. Sabemos por el libro que al adquirirse Santa Rosa, en 1972, se dejaron de realizar actividades académicas aquí, pero sería interesante saber cómo se pasó a otros usos. Desde 2011 este fundo está arrendado.

En enero de 1966 se compró un fundo aledaño a Punahe, llamado Mirador, de 272 hectáreas. Nuevamente, las gestiones fueron hechas por el profesor Ricardo Westermeyer, con su propietario de apellido Werkmeister. El uso que se dio a este predio fue el mismo de

Punahue y al parecer, como éste, dejó de ser usado para fines académicos poco más tarde. Desde 2011, también está arrendado.

En la misma zona, en enero de 1971 se compró el fundo Las Quemadas, de 231 hectáreas, junto a los anteriores, a la señora Elena Werkmeister a cambio de una renta vitalicia mensual (ella falleció en 1996). Las gestiones también correspondieron al profesor Ricardo Westermeyer. El predio se utilizó para crianza, lechería y cultivos experimentales (formio y espárragos).

Como los dos anteriores, desde 2011 Las Quemadas está arrendado.

La compra más importante ocurrirá en octubre de 1972, la del fundo Santa Rosa, de 489,8 has, a la señora Marianne Manns. Aunque el libro resalta las gestiones del profesor Ricardo Westermeyer, por las mismas fuentes anexas se concluye que tuvieron también participación fundamental el decano de Ciencias Agrarias, Aage Krarup y el administrador de predios, profesor Alfredo Beck (éste último también entrevistado para el libro)

Por razones de costos, era muy conveniente para la Universidad tener un campo cercano. Desde 1970 se iniciaron conversaciones con la propietaria y su esposo para la venta. Eran los años de la Reforma Agraria y aumentaba en la región la preocupación entre los propietarios sobre el destino de sus fundos. Les recuerdo que en esos años la provincia de Valdivia sería donde mayor número de tomas de terrenos hubo en todo Chile. Aquí se constituiría en la precordillera el Complejo Forestal y Maderero Panguipulli, la propiedad rural más grande del país, fuera de Magallanes, con 420 mil hectáreas.

Por ese contexto, el fundo fue comprado a un bajo precio. La única condición que puso la propietaria fue que se le dejarán 2 hectáreas, cuestión que solo se resolvió por problemas legales hasta 1987 (la ley de Reforma Agraria de 1967 impedía cualquier división de predios rústicos).

El fundo Santa Rosa y Vista Alegre pasaron a ser los lugares de prácticas e investigaciones agrarias y veterinarias.

En 1990 se destinaron 36,4 hectáreas del fundo Santa Rosa para actividades forestales, a manos de una sociedad Vista Alegre. En 1996 esos terrenos volvieron a la Universidad.

Por último, el fundo San Martín, de 348 hectáreas, en San José de la Mariquina, fue comprado en junio de 1973 a la familia Woerner, tras gestiones del profesor Adolfo Hube. Como los propietarios de Santa Rosa, sus dueños estaban preocupados por la posibilidad de ser expropiados. Este fundo fue pagado en cinco cuotas anuales. Para evitar la pérdida de poder adquisitivo de la moneda, sujeta a una altísima inflación, se registró al momento de la compra que las cuotas se reajustarían de acuerdo al valor del kilo de novillo gordo de matadero.

Según testimonios recogidos en el libro, este fundo se pagó con dineros provenientes del Centro de Inseminación Artificial y se destinó a crianza y labores de extensión.

No sé si efectivamente los dineros se sacaron del Centro o no. También el libro señala que Santa Rosa se pagó con la venta de ganado de Punahue. Insisto, no sé si eso es cierto, pero sí puedo decir que es posible que eso haya ocurrido. En historia no solo se puede afirmar algo a partir de fuentes, lo que se llama la verdad histórica, sino también plantear la posibilidad que algo haya ocurrido. Y en este caso, es posible que haya sido así, o que la Universidad haya podido recuperar muy rápidamente su inversión dado que contaba con activos suficientes a la fecha para hacerlo.

El fundo Santa Rosa fue comprado por 669.108 escudos y el fundo San Martín en 500 mil escudos. Según la Memoria Institucional de 1972, a diciembre de ese año solo las existencias del Centro de Inseminación Artificial eran de 1.436.000 escudos.

Respecto a las gestiones realizadas para adquirir estos predios, quisiera agregar que, en general, la historia demuestra que las acciones institucionales son mayoritariamente colectivas, por lo que no debemos olvidar que muchas voluntades han intervenido en tomar ciertas decisiones. A los que menciona el libro, habría que sumar a los rectores de turno (Félix Martínez Bonati, William Thayer Arteaga y Juan Jorge Ebert, por mencionar los principales), y al asesor jurídico de la Universidad, recientemente fallecido, Héctor Méndez, quien se destacaba en la documentación por su apego a las normativas internas y su defensa férrea del interés institucional.

Después de leído el libro, como decía, surgen nuevas preguntas. Sería interesante conocer más y mejor el tránsito de lo académico a lo productivo. Es claro que ha habido muchos fracasos allí, pero sería conveniente comprenderlos en su justa medida. Alguien en algún momento tendrá que abordar esa tarea.

Contar con numerosos fundos no es un lujo institucional o un patrimonio prescindible, no debiera serlo. La prueba de ello es que las principales universidades del país cuentan con patrimonios similares o superiores. La Universidad de Chile, sabemos, tiene un campo experimental de más de 5.400 hectáreas. Las universidades regionales con superficie menores también tienen lo propio.

Está claro es que la Universidad, esa es mi opinión, seguirá necesitando en el futuro contar con campos y estaciones experimentales, así como propiedades rurales al servicio de las diversas actividades académicas, y yo diría también, mucho más allá de lo silvoagropecuario y forestal. Solo por mencionar un ejemplo, en el fundo Punahue, mucho antes que la Universidad fuera su propietaria, hubo allí una importante minería del oro, que hasta donde conozco hasta el momento nadie se ha dedicado a estudiar.

Gracias.